

TEXTOS TEATRALES

José Romera Castillo (ed.)

NOTA: La publicación de estas dos obras —a cuyos autores agradecemos su generosidad— se integra en el Proyecto de Investigación HUM2006-02641 (2007-2009), otorgado por el Ministerio de Educación y Ciencia, sobre «La vida escénica española en la segunda mitad del siglo xx (V)», dirigido por José Romera Castillo.

Asimismo, se unen a otras publicaciones teatrales, realizadas en el Centro de Investigación de Semiótica Literaria, Teatral y Nuevas Tecnologías: José María Rodríguez Méndez, *Reconquista (Guiñol histórico)* y *La Chispa (Aguafuerte dramático madrileño)* (Madrid: UNED, 1999); Jerónimo López Mozo, *Combate de ciegos, Yo, maldita india... (Dos obras de teatro)* (Madrid: UNED, 2000); José Luis Alonso de Santos, *Mis versiones de Plauto, «Anfitrión», «La dulce Cásina» y «Miles gloriosus»* (Madrid: UNED, 2002), Íñigo Ramírez de Haro, *Tu arma contra la celulitis rebelde, Historia de un triunfador, Negro contra blanca (Tres obras de teatro)* (Madrid: UNED, 2005) —todas ellas con prólogos de José Romera Castillo, que pueden leerse, además, en http://www.uned.es/centro-investigacion-SELITEN@T/es_tudios_sobre_teatro.html—; y Juan Mayorga, *Cartas de amor a Stalin, Signa 9* (2000), 211-255 (también en <http://www.cervantesvirtual.com/hemeroteca/signa>).

SELECCIÓN NATURAL

Pilar Campos Gallego

PERSONAJES

ABUELA

MADRE

HIJA

LYNNDIE

JESSICA

RAMÓN

*(Dos lugares
Un mismo tiempo.)*

MARCAS PARA UN ITINERARIO

FASE INICIAL

I

LA HIJA.— Me llamo Ana. No importa el apellido. Tampoco importa el nombre. Es una forma de identificarse. Al final siempre me quedo con las caras y nunca me quedo con los nombres. Me imagino que a todo el mundo le pasa lo mismo. Si pudiera borraría la mitad de las caras que han pasado por mi vida. Me llamo Ana y ésta es mi cara. Mírenla bien. Mírenla e intenten olvidarla cuanto antes. Todo está en la cabeza. Todo está aquí. Por dentro y por fuera. Por dentro y por fuera. Todo está aquí.

LA MADRE.— Ana, cariño, dile que siempre le tendrás preparada una comida deliciosa para cuando él regrese del trabajo. Dile que será su plato favorito. Dile que te ofrecerás a quitarle los zapatos... cariño le quitarás los zapatos y le prepararás una comida deliciosa... su favorita... pero cariño también le dirás que nunca... nunca te quedarás embarazada.

LA HIJA.— Mírenme bien. Si pudiera borraría la cara de los hombres que han pasado por mi vida. Si pudiera borraría mi vida.

LA MADRE.— Tú no mi niña... sabes que tú no... Explícaselo... Dile que tú no... Dile que durante los días más fríos le prepararás un fuego en la chimenea para que él se relaje. Dile que te preocuparás por su comodidad y que

eso te proporcionará una satisfacción personal inmensa... pero solos... Pero sólo tú y él.

LA HIJA.— Si pudiera borraría la cara de los hombres y las mujeres que han pasado por mi vida. Si pudiera borraría la cara de mi madre. Si pudiera borraría la cara de mi abuela.

LA MADRE.— Dile que cuando llegue del trabajo, eliminarás los zumbidos de la lavadora y el aspirador y le saludarás con una sonrisa cálida y le demostrarás tu deseo de complacerle. Dile que le demostrarás tu deseo de complacerle... y que nunca, nunca te quedarás embarazada... que tú no cariño...

LA HIJA.— Si pudiera borraría la cara de mi madre. Sobre todo la de mi madre. Me llamo Ana. Y sí importa mi nombre. Claro que importa. Importa mi nombre porque me llamo como mi madre. Importa mi nombre porque me llamo como mi abuela. Importa mi nombre. Importa mi nombre porque yo no soy como mi madre. ¿Me oyes? Porque yo no soy como tú.

LA MADRE.— Mi niña... escúchame bien... dile que cuando tengáis relaciones íntimas... dile que cuando tengáis relaciones *íntimas* recordarás tus obligaciones... dile que si siente la necesidad de dormir no le estimularás. Dile que si sugiere la unión... accederás humildemente... ¿me escuchas mi niña?... humildemente... dile que tendrás en cuenta su satisfacción... dile que cuando alcance el momento culminante... sólo emitirás un pequeño gemido para indicarle cualquier goce que hayas podido experimentar.

LA HIJA.— Yo no soy como mi madre, abuela. Ni como tú tampoco. Yo no quiero ser como mi madre. Ni como tú, abuela. Pero no. El mismo nombre. El mismo nombre no es igual a la misma vida. El mismo nombre no es igual a la misma vida. El mismo nombre no es igual a la misma cara. Tampoco es igual a la misma cara. Tampoco es igual. Tampoco.

LA MADRE.— Cariño... por último... dile... que... que... que si desea prácticas sexuales inusuales... obedecerás y no te quejarás... pero dile que harás todo lo posible para no tener hijos... dile que haga todo lo posible para no tener ningún hijo... dile que lo debe comprender... dile que esto tiene que acabar... que esto tiene que acabar ya... dile que no tienes la culpa... pero que no puedes... no puedes ¿me escuchas?... no puedes...

LA HIJA.— Yo no quiero ser como tú. Aunque me llame igual que tú. Igual que mi madre. Aunque seamos mujeres. Aunque tengamos la misma sangre. La misma sangre. La misma carne. Y la misma enfermedad. Aunque tenga-

mos la misma enfermedad mortal. La misma enfermedad incurable. Aunque lo tengamos todo igual, yo seré distinta.— porque yo no soy como vosotras. Yo no quiero ser como tú. Yo no quiero. No quiero.

II

LA HIJA.— Me quito el pantalón y luego las bragas. Lo dejo todo en el lugar que me han indicado. Entro. Semidesnuda. Dos tipos me miran y me invitan a acercarme.

(Oscuro.)

LA HIJA.— Miro una máquina que suelta pitidos intermitentes. Los hombres se ponen unos guantes de látex. Dan a un botón.

(Oscuro.)

LA HIJA.— Me miro las piernas. Me miro el pubis. Miro cómo uno de los hombres me está sonriendo. Mi mirada recorre toda la habitación hasta llegar a mi mano. Mi mano sujeta con fuerza un libro. Noto cómo mis mejillas enrojecen, deseando el lugar en penumbra, sin quitar nunca la vista de aquella boca que ya no sonrío. Esa boca ha vuelto a su posición original de rigidez. Como todo lo que me rodea. Dejo el libro sobre los pantalones y las bragas y escucho una voz.

(Oscuro.)

LA HIJA.— Un brazo de la máquina comienza a extender una gelatina por mi vientre. Despacio. Despacio recorre mi piel en círculos. Miro de reojo la pantalla de la máquina donde se va pintando todo el trayecto. Sombras en blanco y negro. Vuelvo la cabeza y veo cómo la mano de hierro me presiona intentando encontrar algo que desconozco. Me fijo en la curvatura de mi vientre. En su simetría. Mi vista regresa al cristal de la pantalla. Una realidad sin sangre y sin piel. Observo cómo un mundo desordenado se mezcla sin sangre y sin piel. Miro aquello y aquello soy yo. Después miro el techo y cierro los ojos. Siento el correr frenético de unos dedos dentro de mí. Descubro mi verdadera naturaleza. Siento los latidos de aquella máquina que cada dos segundos despide un sonido insoportable. El frío sigue deslizándose, sigue en mi carne. Mi carne, que no siento como mía. Tierra muerta. Tierra muerta y conquistada por el hielo. Cojo aire y lo suelto en forma de silbido. Intento abrir los ojos pero no puedo. Intento recordar mi cuerpo, pero no puedo.

(Oscuro.)

HIJA.— Ya está. El hombre se quita los guantes de látex. Me mira. Yo miro su boca. Sonríe. Ya está, dice. El resultado se confirma. Se confirma. Se repite. Positivo.

(Oscuro.)

III

ABUELA.— Ya estás aquí otra vez.

MADRE.— Quejándose. Siempre quejándose. Vengo a cambiar el vendaje.

ABUELA.— Tengo un aspecto horrible. Este dolor de cabeza me está matando. No me deja dormir. Y esto es solo el principio.

MADRE.— Ahora viene lo peor.

ABUELA.— Los músculos se empiezan a atrofiar.

MADRE.— Y la piel empieza a romperse.

ABUELA.— Como si fuera papel. Sé lo que te espera.

MADRE.— Llevo toda mi vida cuidando la enfermedad. La suya, que también es la mía.

ABUELA.— Sé lo que te espera.

MADRE.— Y yo sé lo que le espera a mi hija, y sé lo que le esperará a la hija de mi hija. Y sé que saber no me consuela.

HIJA.— Será un niño, y le compraré ropa de niño.

ABUELA.— La enfermedad es lo que más nos une. Más que el amor. Mucho más que el amor.

HIJA.— Será un niño y le compraré zapatos de niño.

MADRE.— Aquí huele a pis. Toda esta piel huele a pis.

ABUELA.— Estoy contenta porque dentro de poco ocuparás mi lugar. Y entonces será tu hija quien te lave, será tu hija quien te limpie, será tu hija quien aguante tu olor a pis...

HIJA.— Será un niño sano. Sano y fuerte.

ABUELA.— Y entonces todo seguirá su orden. Como debe ser.

HIJA.— Será un niño y le pondré un nombre de niño.

ABUELA.— Cuando nazca esa niña todo esto tendrá un sentido. Un nacimiento... Una muerte... No hay mayor felicidad... Así es la vida... Así es nuestra vida, así es nuestra familia. Y yo podré morir tranquila. Por fin.

HIJA.— Será un niño. ¿Sabéis lo que quiero decir? Un niño y se llamará Andrés, o Juan.

MADRE.— Niña. Irremediablemente niña. Y esto no acabará nunca... Esa criatura será mujer. Una mujer como tú. Una mujer como mi madre... Como yo. Una mujer más. Una enferma más.

HIJA.— O sé llamará Iván. ¿Iván es un nombre bonito, verdad?

ABUELA.— Estoy volviendo a sangrar...

MADRE.— Siempre quejándose.

HIJA.— Luis también es bonito. Luis o Iván. Los dos me gustan.

ABUELA.— Pero soy feliz. Ya sé lo que será de mí a partir de ahora. Ya lo sé.

MADRE.— Debería dejar que te desangres.

HIJA.— Es difícil elegir un buen nombre. Un nombre único. Un nombre que no tenga nadie.

ABUELA.— Por fin voy a descansar.

MADRE.— Hay mujeres que no deberían ser madres. Que nunca deberían ser madres. Yo, por ejemplo.

ABUELA.— Y hay mujeres que no deberían tener boca.

MADRE.— Mujeres que conciben mujeres. Ni siquiera mujeres. Enfermas. Que sufren por ser mujeres y mueren por ser mujeres.

ABUELA.— (*A la nieta.*) Tú no vas a ser una excepción.

HIJA.— Daré a luz un varón. Un varón. Y se llamará... y se llamará...

ABUELA.— Tú tendrás a tu hija. Como tu madre te tuvo a ti. Como yo la tuve a ella. Como debe ser.

HIJA.— Ya no habrá más Anas en esta familia. Nunca nadie más se llamará Ana.

MADRE.— No. No vas a tener nada. ¿Me escuchas? Nada.

FASE INTERMEDIA

I

MADRE.— Lllaman a la puerta. Como cada día llaman a la puerta. Y como cada día una mujer está en el umbral con unos libros en la mano. A la misma hora. Se limpia los pies en el felpudo. Sus mejillas están rosadas. Será por el frío. Llueve. Sí, llueve fuera. Todos los días llueve fuera. Su pelo está mojado. Una gota de lluvia cae desde la frente hasta su boca. Hasta la boca de la mujer.

HIJA.— No puedo tomar el desayuno. He visto la comida y me ha dado mucho asco.

MADRE.— Llueve. Lllaman a la puerta. Está lloviendo mucho. Es delgada. No muy alta. No puedo calcular su edad. Nunca puedo calcular su edad. La mujer tiene una boca preciosa.

HIJA.— Tengo el estómago revuelto. Me imagino que es normal. Ha sido ver la comida y sentir unas náuseas horribles. Yo creo que ha sido el olor del zumo de naranja. No lo sé.

MADRE.— Lllaman a la puerta. Su pelo está mojado. Los libros en la mano. Una gota de lluvia en su boca. Su voz sale entrecortada por el frío. Me pide pasar. Llueve fuera. Se limpia los pies en el felpudo. Le voy a decir que no puede pasar pero me sonrío. Tardo unos segundos en apartar la mirada de su boca. Quizá un poco más. Me dice que sólo serán unos minutos que no me molestará mucho. Le voy a decir que no, pero no puedo. Como cada día me pide pasar. Y como cada día me gustaría decirle que no. Pero no puedo.

HIJA.— Anoche me pasó lo mismo. Dejé toda la cena en el plato. Tenía hambre pero no pude comer. ¿Pasa sólo las primeras semanas?

MADRE.— La invito a pasar y le pido que no haga ruido. Como cada día la invito a pasar y todos los días le pido que no haga ruido.

HIJA.— Pero ¿pasa sólo las primeras semanas?

MADRE.— Dura toda la vida hija. Toda la vida.

HIJA.— Yo pensaba que las náuseas y los mareos eran sólo por la mañana. Tenía esa idea. Pero anoche fue ver la comida y empezar a sentirme fatal. Cuando estaba cocinando no. Mamá ¿a que cuando estaba cocinando te dije que tenía hambre? Me apetecía. Pero cuando estaba en la mesa. Un asco. Unas ganas de vomitar. Unas arcadas terribles.

MADRE.— Me pide pasar. Le quiero decir que no pero no puedo. No puedo decirle que no. Me sonrío y no le puedo decir que no. Me sonrío y no puedo dejar de mirar su boca. No puedo. No sé por qué pero no puedo. Le pido que no haga ruido. Mamá duerme en el sillón del salón. Nos sentamos en la mesa de la cocina. La mujer se quita el abrigo mientras me habla de enciclopedias y las maravillas del antiguo Egipto. La mujer se quita el abrigo. Tiene la blusa empapada. Como cada día. La tela pegada a sus pechos. Deja traslucir el encaje del sujetador. Como cada día la misma imagen. Después cojo su abrigo. Siento el roce de su mano. Su calidez. Ahora soy yo quien la sonrío. Le digo que si quiere una taza de café. Me dice que sí. La mujer dice que lo podré pagar en cómodos plazos. Que por el dinero no me preocupe.

HIJA.— Me acabo de levantar de la cama y estoy ya cansadísima. Como si hubiera estado corriendo toda la noche.

MADRE.— Como cada día siento el roce de su mano. La tela pegada a su pecho. Su calidez. Le sonrío y pongo el café sobre la mesa. Nos quedamos en silencio. Sólo se escucha el ruido de la cucharilla al girar.

HIJA.— Mamá. Creo que te he puesto demasiado azúcar en el café. Si quieres te hago otro.

MADRE.— La cucharilla golpeando contra la taza. Se toma el café de un trago y como cada día dice que se tiene que marchar. Me da las gracias. Se levanta. Se pone el abrigo. Me dice que me lo piense que es una oferta buenísima.

HIJA.— Sé que no te gusta tan dulce. ¿Te preparo otro? No me importa.

MADRE.— Le digo que se quedé un rato más. Noto cómo mi sangre corre a toda velocidad. Le digo que por favor no se vaya. Como todos los días se lo pido por favor.

HIJA.— ¿Mamá?

MADRE.— Le digo que se quede. Que no se vaya. Que se quede un rato más. La mujer está parada frente a mí. Me mira. Cierro los ojos y siento la boca de la mujer en mi boca. Como cada día siento la boca de la mujer en mi boca. Cada día. Todos los días.

HIJA.— Te estoy hablando. ¿Quieres que te prepare otro café? ¿Estás bien mamá? ¿Te encuentras bien?

MADRE.— No te preocupes. Tranquila. Está bien así.

II

HIJA.— La misma habitación. Los mismos hombres. Vuelvo a dejar los pantalones y las bragas en el mismo sitio. Semidesnuda me vuelvo a tumbar en la camilla. Les digo que he tenido muchas náuseas y mareos. Les digo que estoy todo el día fatigada. Escucho una voz que dice que es normal.

(Oscuro.)

HIJA.— Respiro hondo y pienso en los cuentos que me leía mi abuela cuando era pequeña. Cuando aprendí a leer mi abuela dejó de leérmelos. A mí no me gustaba leer cuentos. Mi abuela no sabía que esos cuentos me gustaban porque me los leía ella. Recuerdo el tono de su voz. Ahora soy yo la que leo a mi abuela. Le leo cuentos para que se duerma. Para que viva en mundos maravillosos. Maravillosos.

(Oscuro.)

HIJA.— De nuevo la gelatina en mi vientre. El frío del metal. Miro la pantalla. El médico me dice que la forma que se ve en el fondo es mi hijo. Me imagino la cara de un niño que no veo. Me imagino los ojos, la boca. Me dice que esa forma es mi hijo. Me imagino a mi hijo.

(Oscuro.)

HIJA.— Mi abuela me decía que sobrevivimos gracias a los cuentos. Yo no la entendía. Que sobrevivimos gracias a los cuentos que nos imaginamos. Los cuentos que nos contamos los unos a los otros. Aprendí a leer y aprendí a mirar a través de las ilustraciones. Ésa siempre ha sido mi manera de leer las cosas. Y mi manera de contarlas. El sonido de la máquina cesa. De repente no se oye nada. Nada.

(Oscuro.)

HIJA.— Este silencio me reconforta. Me hace sentir bien. El médico se quita los guantes. En silencio se quita los guantes. En silencio se acerca a la mesa y se pone a rellenar un papel. En silencio. Empiezo a inquietarme. Tanto silencio. Demasiado silencio. Le pregunto que si es niño. Le ruego que me diga que es niño. Pero no dice nada. Le pido por favor que me confirme que es un niño. Un niño por favor. Pero no me contesta. No me dice nada. Nada.

(Oscuro.)

III

MADRE.— ¿Está fría el agua?

ABUELA.— Está bien.

MADRE.— Gírate un poco. Con cuidado.

ABUELA.— No.

MADRE.— Si no te das la vuelta no te podré lavar.

ABUELA.— Pues no me laves.

MADRE.— ¿Qué ocurre ahora? ¿Eh? ¿Qué pasa ahora?

ABUELA.— Me lo he vuelto a hacer.

MADRE.— Anda. Ven. No puedes estar con eso.

ABUELA.— ¿Te doy asco?

MADRE.— Es mi deber. Hago lo que tengo que hacer.

ABUELA.— ¿Has visto a la niña?

MADRE.— Te he comprado una nueva colonia. No sé qué tal será.

ABUELA.— ¿No has hablado con ella?

MADRE.— No he hablado con nadie. Estaba de oferta en el supermercado. La dependienta me ha dicho que era muy fresca.

ABUELA.— Deberías hablar con tu hija. En este momento te necesita.

MADRE.— No puedo hacerlo todo a la vez. Yo cuido de todo el mundo pero nadie me cuida a mí.

ABUELA.— Me haces daño.

MADRE.— No querrás que te deje todo esto aquí.

ABUELA.— Te tiene miedo.

MADRE.— Levanta los brazos. Tengo que depilarte un día de estos.

ABUELA.— Que manía. A mí me gusta así. Además sólo me ves tú. Tú hija ha ido al médico.

MADRE.— Le podía haber dado tus recetas para que te renueven los medicamentos.

ABUELA.— El médico le ha dicho que va a tener una niña.

MADRE.— Una niña. ¿Qué se esperaba esa infeliz? Ninguna mujer de esta familia ha tenido jamás un varón. ¿Qué se pensaba? ¿Que ella era diferente?

ABUELA.— Yo quiero morirme ya. El orden tiene que seguir. Esa niña es mi salvación. Debes asumir mi lugar. A ti te toca estar donde estoy yo ahora.

MADRE.— Ni lo sueñes. Yo estoy bien como estoy. Todo está bien como está. Hablaré con mi hija. Buscaremos un médico para que esa niña nunca llegue a nacer. Hay que darse prisa. Echa la cabeza hacia atrás. Voy a lavar-te el pelo.

ABUELA.— Tú hija va a tener a esa niña. Tú hija tiene que tenerla.

MADRE.— Mi hija abortará a su hija. Yo no la he educado para que sea madre. Lo sabe perfectamente. Yo no la he educado para que tenga mujeres como nosotras. Todo está bien así. Todo va a seguir así.

ABUELA.— ¿Y si no te obedece qué? ¿Y si decide tener a su hija qué vas a hacer? No puedes hacer nada. Sobre la vida de tu hija no mandas. Ya no decides sobre ella.

MADRE.— Mi hija no tendrá a su hija. No la tendrá... Si no, la mato.

ABUELA.— Te has vuelto loca.

MADRE.— La mataré. Como tenga a esa niña la mato. Mato a las dos.

FASE TERMINAL

I

HIJA.— (*Leyendo a la abuela a los pies de su cama.*) Érase una vez tres mujeres. La abuela, su hija y su nieta. La abuela se llamaba Ana, la hija se llamaba Ana y a la nieta le pusieron el nombre de Ana. Eran tres mujeres unidas por la misma enfermedad. Una enfermedad innombrable. Incurable. Siempre mujeres. Pasara lo que pasara, invariablemente, siempre engendraban más mujeres. Sólo mujeres. Hicieran lo que hicieran. Pensaran lo que pensarán. ¿Duermes? Tres mujeres. Tres mujeres que siempre estaban juntas, pero apenas se conocían. Siempre una al lado de las otras, pero cuando se hablaban rara vez se miraban a los ojos. Y si sus miradas se cruzaban era por accidente. Un buen día, la nieta se quedó embarazada. Y dijo a su madre y a su abuela: pronto seré madre y será un niño, un hombre, y romperé esta maldición.

ABUELA.— ¿Por qué no sigues?

HIJA.— Pensaba que te habías quedado dormida.

ABUELA.— Hace días que no duermo ¿Cuántas veces me has contado esta historia?

HIJA.— Muchísimas.

ABUELA.— No me canso de escucharla...

HIJA.— Pero nunca me acuerdo cómo acaba. Es como si la contara por primera vez.

ABUELA.— Sí que te acuerdas. Te la sabes de memoria. Al final da a luz una niña.

HIJA.— Eso está aún por ver. Mañana te cuento el final.

ABUELA.— ¿Y tú madre?

HIJA.— No quiere salir de su habitación. No quiere verme.

ABUELA.— Se le pasará. Dale tiempo.

HIJA.— Estoy muy preocupada. Nunca había visto a mi madre así.

ABUELA.— Es cuestión de días. Dale tiempo.

HIJA.— Me mira de una manera muy extraña.

ABUELA.— Aceptará su destino. Lo quiera o no. Yo la eduqué para este momento.

HIJA.— Pero yo quería tener un hijo, no una hija.

ABUELA.— Tú también aceptarás el tuyo. Crees que puedes elegir tu propio rumbo, pero esto sólo te llevará al mismo resultado... al mismo destino... y en el momento previsto.

HIJA.— Yo no sé si quiero tener esa hija.

ABUELA.— Llámala por su nombre. Se llama Ana.

HIJA.— Yo no puedo amar a esa hija.

ABUELA.— Se llama Ana. Y ¿quién está hablando de amor?

HIJA.— Yo, yo estoy hablando de amor.

ABUELA.— No entiendes nada. Yo no fui feliz cuando tuve a tu madre. No fui nada feliz. Nunca me hizo feliz que tu madre naciera. Tú tampoco lo serás. Ni antes ni después. Pero ésta ha sido siempre la manera de demostrar que nos queremos.

HIJA.— Mírate. ¿Te has mirado bien? No puedes moverte. Se te cae la piel a trozos. Hueles mal. Yo no quiero ser como tú. No quiero tener una hija que acabe como tú.

ABUELA.— No entiendes nada.

II

HIJA.— De nuevo la misma habitación. De nuevo los mismos hombres. De nuevo vuelvo a dejar los pantalones y las bragas en el mismo sitio. De nuevo semidesnuda me vuelvo a tumbar en la camilla.

(Oscuro.)

HIJA.— ¿Estás ahí? ¿Puedes escucharme? Sé que estás ahí dentro. Estás y no estás a la vez. Noto tu cuerpo extraño. Tú cuerpo extraño en mi cuerpo extraño. Te revuelves. Te agitas. Me quieres quitar espacio. El aire que cojo es aire para ti. En mí no hay sitio para las dos. Es la primera vez que no siento amor por un extraño. No sé quien eres. No quiero saber quién eres.

(Oscuro.)

HIJA.— Uno de los hombres me pregunta: ¿Anestesia general o local? Yo le respondo que la mejor época de mi vida fue cuando estuve en el vientre de mi madre. En el mismo lugar en el que estás tu ahora. Fueron nueve meses maravillosos.

(Oscuro.)

HIJA.— El hombre insiste: ¿anestesia general o local? De alguna forma nos acordamos siempre de ese tiempo. No sé de que manera pero sé que de alguna manera. Local.

(Oscuro.)

HIJA.— Lo que más me cansa es hablar. El hombre dice que la operación dura veinte minutos.

(Oscuro.)

HIJA.— Palabras que escucho mientras siento el efecto de la anestesia: tubo, cuello, dilatación, útero, aspirador, cuchara, aspirador, aspirador... Luego nada. Nada de nada. Toda esta historia me cansa.

(Oscuro.)

HIJA.— Sueño con mi madre. Sueño que salgo del vientre de mi madre. Sueño que le digo a mi madre: lo peor que te ha pasado en el mundo es ser madre.

(Oscuro.)

HIJA.— Despierto. Tengo la sensación de haber sido madre sin ser madre. Abro lo ojos. ¿Queda algo vivo dentro de mí? Miro por la ventana de la habitación. Lo primero que veo son los tejados, las antenas...

III

MADRE.— Se han terminado las gasas.

ABUELA.— Luego te acercas a la farmacia y compras más.

MADRE.— Ha llamado el médico y ha dicho que no se puede pasar esta tarde.

ABUELA.— Los médicos lo confunden todo.

MADRE.— Se pasará mañana.

ABUELA.— ¿Le has dicho que llame antes?

MADRE.— Siempre llama antes.

ABUELA.— El dinero para las gasas está en el cajón.

MADRE.— Acabo con esto y bajo a comprar.

HIJA.— Voy yo.

ABUELA.— Tú quédate descansando.

MADRE.— (*A la hija.*) Ya sabes que el médico te ha dicho que no tienes que moverte.

HIJA.— Estoy bien. Yo quiero salir y moverme.

MADRE.— ¿Pero no te tiran un poco los puntos?

HIJA.— Necesito salir de aquí. Que me dé el aire.

MADRE.— Yo digo que te quedas y punto.

ABUELA.— Haz caso a tu madre.

MADRE.— Parezco que tengo dos hijas en lugar de una.

ABUELA.— ¿Por qué no me cuentas el final de la historia?

HIJA.— Ya lo sabes. Al final la nieta se sale con la suya.

ABUELA.— ¿Estás segura que ése es el final?

MADRE.— Vale ya. Déjalo estar.

ABUELA.— El final que yo me sé es otro.

HIJA.— Voy yo a la farmacia.

MADRE.— Tú te quedas. Y tú te callas.

ABUELA.— Al final la nieta va a la farmacia. Por el camino conoce a un hombre. Sabe que no debe pararse, que debe seguir su camino. Pero inevitablemente se para y habla con él. Inevitablemente se van a tomar algo. Inevitablemente se gustan. Se tocan. Se besan... Y lo que ocurre a continuación, ella no lo podrá evitar de ninguna de las maneras. ¿Me oyes? De ninguna de las maneras.

HIJA.— No quiero seguir escuchando. Me marcho.

MADRE.— Tú te callas. Y tú te quedas.

ABUELA.— Pero la historia no acaba aquí. Acaba nueve meses después. O mejor, más bien empieza. Está a punto de empezar.

CONTROL ROOM

(Ciudad en guerra. Habitación cerrada, la mayor parte está en penumbra. Jessica: movimientos lentos y precavidos de una mujer embarazada.)

LYNNDIE.— Resumiendo. Yo voy a ser A y tú vas a ser B. Y yo, como soy A, tengo la obligación de enseñarte mi oficio y tú, como B, tienes la obligación de aprenderlo. Entre A y B no deberá existir, nunca, ningún signo de afectividad. Algún día, cuando tengas bien dominado el oficio, podrás ser A, y otra persona será B. ¿Alguna duda hasta ahora? Bien. Para aprender con garantía el oficio de torturador, el primer requisito, el primer requisito es mantener en todo momento un alto grado de concentración. El máximo posible. Y yo, en calidad de A, si viera que no prestas la debida, y digo «la debida» atención, es decir, la que yo te exijo, entonces no sólo te lo haré saber sino que además me veré obligada a tomar medidas, medidas por supuesto pertinentes. ¿Me estás escuchando?

JESSICA.— Sí, pero tengo una pregunta.

LYNNDIE.— Adelante.

JESSICA.— ¿A qué hora vamos a terminar hoy?

LYNNDIE.— Pregunta incorrecta. En este oficio el tiempo no es importante. Lo que verdaderamente importa es el espacio. Y llegados a este punto en-

tramos en materia. ¿Preparada? Según tú, ¿cuál sería el lugar más indicado para infringir dolor extremo con la máxima eficacia?

(Pausa.)

LYNNDIE.— Te estoy haciendo una pregunta.

(Pausa.)

JESSICA.— No lo sé mamá.

LYNNDIE.— Respuesta... incorrecta. Es positivo reconocer las propias limitaciones, pero recuerda que entre A y B no deberá existir, nunca, ningún signo de afectividad. ¿Entendido?

JESSICA.— Es que...

LYNNDIE.— ¿Entendido?

(Pausa. JESSICA no contesta. Mira el reloj.)

LYNNDIE.— Bien. El espacio no sólo ha de ser cuidadosamente escogido sino además, y esto es lo esencial, ha de estar preparado para que el objetivo quede cumplido con total efectividad. Y ¿cuál es nuestro objetivo principal?

(Pausa.)

LYNNDIE.— Te estoy haciendo una pregunta.

JESSICA.— ¿Nuestro... objetivo...?

LYNNDIE.— Pero Jessica, si te lo he dicho hace un rato. Lo voy a volver a repetir, pero esta vez haz el favor de apuntarlo.

JESSICA.— No me escribe el bolígrafo.

LYNNDIE.— Vaya por Dios. Esto sí que es un problema.

(LYNNDIE coge a JESSICA de los pelos y la sienta en una silla de tortura.)

LYNNDIE.— Cuántas veces te he dicho que el oficio del torturador está íntimamente ligado, íntimamente ligado con la metafísica de las costumbres. ¿Cuántas? Y cuántas que la primera costumbre de todas es tener todos los instrumentos necesarios a mano. ¿Cuántas veces te lo he dicho?

JESSICA.— ¿Cinco?

LYNNDIE.— Mal.

(LYNNDIE da un puñetazo a JESSICA.)

LYNNDIE.— Y ahora dime, ¿qué es lo que *no* he hecho bien?

(*JESSICA se quita la sangre del labio.*)

JESSICA.— Bueno...pues... yo creo que el golpe no ha sido muy contundente.

LYNNDIE.— Mal. Hay que fijarse en los detalles. Mírame las manos. ¿No echas en falta algo?

JESSICA.— No sé.

(*LYNNDIE agarra a JESSICA con fuerza la cara.*)

LYNNDIE.— Te he preguntado si no echas en falta algo.

JESSICA.— Esta mañana...

LYNNDIE.— Jessica...

JESSICA.— ...he llamado a Ramón a la oficina y no me ha cogido el teléfono.

(*LYNNDIE se pone un guante y le da otro puñetazo.*)

LYNNDIE.— Y ahora dime cuál es la diferencia.

JESSICA.— Ahora sí, ahora sí que me ha dolido.

LYNNDIE.— Mal. Respuesta incorrecta.

JESSICA.— ¿Y cuál es la correcta, mamá?

LYNNDIE.— Que antes he te dejado marca y ahora no. Prueba tú ahora.

(*JESSICA se levanta de la silla y LYNNDIE se sienta y le entrega el guante.*)

LYNNDIE.— Primero sin guante. Venga, es para hoy.

(*JESSICA le da una bofetada sin ganas.*)

LYNNDIE.— Con esa actitud no aprenderás nunca. Repítelo con más ganas. Sin miedo.

JESSICA.— Sólo una pregunta. ¿Crees que Ramón... me es infiel?

LYNNDIE.— Mira hija, o te centras o me voy.

(*JESSICA le da a LYNNDIE un puñetazo muy fuerte y le hace más sangre en el labio.*)

JESSICA.— Es la tercera vez que no me coge el teléfono. Y lo más sospechoso es que ni siquiera me lo coge la secretaria. ¿No es extraño? Y lo que más me preocupa es que últimamente tiene una actitud muy rara. Llega a casa demasiado cansado... sin ganas de hablar... no sé... mi Ramón nunca ha sido así. ¿A que nunca ha sido así?

LYNNDIE.— En estas cosas no me gusta meterme, pero a mí siempre me ha parecido demasiado...

JESSICA.— ¿Demasiado qué?

LYNNDIE.— Ya me entiendes... demasiado aficionado a...

(JESSICA le da otro puñetazo sin el guante.)

JESSICA.— Explícate bien, ¿aficionado a qué?

LYNNDIE.— *(Mientras se limpia la sangre del labio.)* El guante... te has olvidado de ponerte el guante.

JESSICA.— Ah, perdona.

LYNNDIE.— Y la pasión. No seas tan pasional. El torturador ha de mantenerse lejos de las pasiones. Cuanto más mejor. El torturador es un ser costumbrista, en ningún modo pasional. Y en cuanto a tu marido, yo no me preocuparía. En el fondo es un buen chico.

(JESSICA se ha puesto el guante.)

JESSICA.— Ya estás otra vez. Otra vez defendiéndole. ¿Por qué te pones siempre de su lado?

LYNNDIE.— ¿De su lado, yo? ¿De qué lado hablas?

(JESSICA le da un puñetazo más fuerte que el anterior con el guante puesto.)

JESSICA.— ¿Sabes qué pienso? Que te gusta. Que te gusta mucho. Que siempre te ha gustado. Desde que le traje a casa por primera vez. Estoy esperando que algún día me prepares a mí alguno de esos deliciosos pasteles de hojaldre que siempre le preparas a él.

LYNNDIE.— La verdad es que es un hombre muy agradecido.

JESSICA.— Yo soy tu hija o ¿hace falta que te lo recuerde?

(JESSICA levanta el puño.)

LYNNDIE.— Ahora mejor en este lado. Recuerda que el torturador debe sa-

ber dosificar el dolor que infringe. Y para ello, es aconsejable variar de ángulo.

(*JESSICA se cambia el guante de mano. Gira la cara de LYNNDIE. Pausa.*)

JESSICA.— No puedo.

LYNNDIE.— (*Levantándose.*) Bien. Es normal que estés bloqueada. Este oficio requiere una gran fortaleza física y mental. En estos casos lo mejor es cambiar de actividad, hacer algo que te ayude a relajarte y así obtener cierta distancia.

(*LYNNDIE le da una cuerda para saltar a la comba a JESSICA.*)

LYNNDIE.— Empieza. Yo te marco el ritmo.

JESSICA.— ¿Y Ramón? ¿Qué hago con Ramón?

LYNNDIE.— Empieza y calla.

(*LYNNDIE empieza a contar: uno, dos, tres, cuatro... Lleva el compás con el chasquido de los dedos mientras JESSICA salta a la comba.*)

LYNNDIE.— Y ahora sólo con la pierna derecha... y uno... y dos... y de Ramón no te preocupes... y tres... que ya me ocupo yo... y cuatro... que a Ramón lo conozco bien... y cinco... cambio de pierna... y uno... y dos... que yo sé cuándo miente... y tres... la rodilla más arriba... y cuatro... déjame a solas y verás...

(*JESSICA deja de saltar y tira la cuerda.*)

JESSICA.— ¿Y eso es lo único que se te ocurre? ¿Hablar a solas con él? ¿Y qué es eso de qué conoces bien a Ramón? ¿Desde cuándo lo conoces bien? No sabía que un pastel de hojaldre diera para tanto.

LYNNDIE.— Uno no, muchos. Muchos pasteles. ¿Y sabes qué?

(*Pausa. Coge la cuerda del suelo.*)

LYNNDIE.— Contra la pared.

(*JESSICA se pone contra la pared. LYNNDIE comienza a azotarla con la cuerda.*)

LYNNDIE.— Que no te mereces a un hombre como él. (*Latigazo.*) Tan disciplinado. Tan trabajador. (*Latigazo.*) ¿Y qué si no te coge el teléfono en la oficina? ¿Quieres que esté todo el día pendiente de ti? (*Latigazo.*) Lo que deberías hacer es prestar atención a lo que yo te diga, aquí y ahora, ¿compre-

des? (*Latigazo.*) A ver si te enteras de que en este oficio siempre hay dos espacios. Uno es el exterior (*Latigazo.*) y el otro, el interior. Y lo que pasa aquí dentro, en esta habitación, no tiene que ver nada con el mundo exterior. (*Latigazo.*) Aquí las leyes las ponemos nosotras.

(Silbido de una bomba al caer. No muy lejos suena una fuerte explosión. Silencio. Madre e hija, sin cambiar de postura, se detienen unos segundos. Entra RAMÓN. Come un dulce mientras se sacude el polvo de la chaqueta. De fondo se escucha una ópera bufa. De pronto es interrumpida por una sirena de ambulancia, un disparo y la explosión de otra bomba.)

JESSICA.— ¿Estás bien?

(LYNNDIE y JESSICA permanecen calladas. Sin cambiar su posición en ningún momento: JESSICA contra la pared y LYNNDIE con la cuerda en la mano.)

RAMÓN.— Fatal. Llevo dos horas intentando aparcar. Este barrio cada día está peor. Cada día más inseguro, más... Deberíamos irnos a vivir a las afueras. En el centro ya no se puede estar. Esto es intolerable. He estado en el banco y he esperado 45 minutos de cola. Y justo cuando me tocaba, han sonado las alarmas antiaéreas. De modo que otras dos horas en el sótano del banco. Y cuando por fin pasaron los aviones, el director del banco nos ha dicho que nos fuéramos a casa porque el banco ya estaba cerrado. Total que no he hecho nada.

JESSICA.— Entonces ¿has estado en el banco?... Y has ido ¿solo o acompañado?... ¿Has podido hacer algo de compra?... ¿Y te ha dado tiempo a...?

(Los ruidos disminuyen poco a poco hasta cesar del todo.)

RAMÓN.— (*A LYNNDIE.*) ¿Puedo?

LYNNDIE.— No sabía que te interesaba.

RAMÓN.— Tal como están los tiempos éste es uno de los pocos oficios reconocidos y mejor pagados.

LYNNDIE.— Te advierto que no es fácil. A ver, colócate aquí. (*Le da una cuerda.*) Que el primero sea suave pero firme... cerca del omoplató. A ver qué tal se te da.

(RAMÓN da un latigazo a JESSICA.)

LYNNDIE.— Para ser un principiante no está mal.

JESSICA.— Yo no he sentido nada.

LYNNDIE.— Ahora obsérvame a mí (*LYNNDIE le da un latigazo a JESSICA y ésta se queja; su tono es neutro.*) ¿Te das cuenta? Suave pero firme y justo en el omoplato. Prueba otra vez. Coloca bien el cuerpo. Más derecho. El pie izquierdo más atrás. Ahora imagínate la espalda de tu mujer. No te será difícil. Agarra bien la cuerda. Perfecto. Cuando quieras.

(*Pausa. RAMÓN se toma su tiempo, se concentra y le da un latigazo y JESSICA se queja. LYNNDIE aplaude eufórica.*)

LYNNDIE.— Bravo, bravo. Otro más. Ahora en la zona dorsal.

(*RAMÓN, claramente entusiasmado, le da otro latigazo. JESSICA se queja.*)

JESSICA.— Estoy sorprendida. Quién lo diría...

LYNNDIE.— Lo tuyo es auténtica vocación. Empieza a sacar todo lo que tienes dentro. (*Ramón le da otro latigazo y otro.*) Y ahora dame, dame a mí.

(*RAMÓN da un latigazo a LYNNDIE y otro a JESSICA.*)

JESSICA.— Qué habilidad. Qué maravilla. Sigue, sigue...

LYNNDIE.— Otro, otro...

(*RAMÓN se para. Toma aire. Y reanuda los latigazos esta vez sólo a LYNNDIE de forma intermitente, cada vez más fuertes.*)

RAMÓN.— Esto es interesante, muy interesante. ¿Te has fijado cariño? No sabía que esto fuera tan... interesante. En esto está la solución a nuestros problemas... Ganaremos dinero. Podremos salir de este asqueroso país. Vivir en un sitio más tranquilo. Podremos comprarnos una casa. Conoceremos gente normal y corriente. Iremos los domingos al cine y tendremos hijos.

(*LYNNDIE de repente cae de rodillas y rompe a llorar. RAMÓN se detiene.*)

RAMÓN.— (*A JESSICA.*) ¿Esto entra dentro del guión?

JESSICA.— No sé.

LYNNDIE.— Yo también, yo también hubiera querido una vida distinta. Con lo que siempre me ha gustado cocinar, cocinar y hacer pasteles... Y la mirada de aquellos hombres... Yo iba para cocinera. Claramente para cocinera. Ya me lo decían en el Pans and Company, tú llegarás muy lejos, y ahí

estaba yo... y el baile de los sábados... haciendo bocadillos, cada vez más ricos hasta que todo, absolutamente todo explotó, incluido mi Pans and Company... y un día me llamó... ¿y luego qué? Vosotros no sabéis lo que fue aquello... Qué voz, qué voz... Ni siquiera supe cómo me quedé embarazada, pero... me ganaba la vida como podía... y todos los días me pregunto cómo he llegado hasta aquí... y me duele tanto... y me duele... ahora lo veo claro... lo veo... lo veo...

(LYNNDIE sale corriendo.)

JESSICA.— No sabía que mi madre sufriera tanto.

RAMÓN.— ¿Seguimos?

JESSICA.— Pobre mujer. Es para preocuparse...

RAMÓN.— Cariño, no perdamos tiempo. Ahora tú eres la profesora.

JESSICA.— En conclusión. Yo voy a ser A y tú vas a ser B. Y yo, como soy A, tengo la obligación de enseñarte mi oficio y tú, como B, tienes la obligación de aprenderlo. Entre A y B no deberá existir, nunca, ningún signo de afectividad. Algún día, cuando tengas bien dominado el oficio, podrás ser A, y otra persona será B. ¿Alguna duda hasta ahora? Bien.

(JESSICA coge una cuerda y ata un extremo al cuello de RAMÓN.)

JESSICA.— Quítate un zapato.

(RAMÓN se quita un zapato y se lo da a JESSICA.)

JESSICA.— Ponte de rodillas.

RAMÓN.— Nunca había visto así a tu madre.

JESSICA.— ¡A cuatro patas! Aquí no se habla.

(RAMÓN obedece.)

RAMÓN.— Aunque tal vez tenga razón, ¿no crees?

(JESSICA agarra bien la cuerda y lanza el zapato a unos metros de RAMÓN.)

JESSICA.— Cógelo con la boca y me lo traes.

(RAMÓN va a por el zapato a cuatro patas y cuando está a punto de cogerlo, JESSICA tira de la cuerda.)

JESSICA.— ¿No sabes que hay que coger el teléfono cuando te llaman?

(RAMÓN intenta coger el zapato de nuevo, pero JESSICA se lo impide tirando de la cuerda.)

JESSICA.— ¿Eh? ¿No sabes que la basura hay que bajarla todos los días?

(RAMÓN intenta coger el zapato de nuevo, pero JESSICA se lo impide.)

RAMÓN.— Afloja, afloja.

JESSICA.— ¿Y el zapato? ¿Dónde está el zapato?

RAMÓN.— *(Mascullando.)* Hija de puta.

(RAMÓN intenta coger de nuevo el zapato con todas sus fuerzas. JESSICA, se lo impide tirando con firmeza de la cuerda. Tensión máxima. Gestos grandilocuentes. Esta acción, así como el gesto, queda en suspenso durante varios segundos. Entra LYNNDDIE. Se queda mirando la escena. Examina de cerca a RAMÓN y a JESSICA que mantienen la compostura. Corrige algunos detalles: la posición de una mano, la inclinación de la cabeza. Pasa lentamente la mano por el vientre de JESSICA.)

LYNNDDIE.— Fin del ejercicio.

(JESSICA y RAMÓN abandonan la postura y se dejan caer al suelo agotados. Lentamente se incorporan.)

LYNNDDIE.— Mañana continuamos.

(LYNNDDIE recoge el zapato.)

LYNNDDIE.— ¡Ah! Una cosa más. *(Pausa. Con el zapato alzado.)* Los objetos cotidianos no se usan para fines extraordinarios.

FIN